

Guiomar Rovira Sancho*

Encuentros con lo común de una forastera.

Política y vida en el laberinto

Lo común es, de acuerdo a Raquel Gutiérrez, la posibilidad de una “política en femenino”, de la singularidad y de la potencia, frente a las pretensiones universalistas y esquematizantes de la política habitual (Gutiérrez, 2012). En este artículo me voy a atrever a rastrear distintas formas en que el tejido de lo común asomó en mi experiencia. Los casos a los que me refiero tienen que ver con emociones, aprendizajes y militancias que no aceptan generalización alguna; son los dialectos en que lo común se ha pronunciado y ha aparecido en mi vida, inspirando y contagiando. Desde lo heterogéneo, desde lo cotidiano y desde las luchas sociales.

Me propongo entonces ejercer una suerte de “razón cosmopolita” (opuesta a la “razón indolente” propia de las ciencias como tales), diría de Sousa Santos, que funciona como un trabajo de traducción. Quizás es muy pretencioso, pero quisiera, a través de vivencias que han marcado mi trayectoria, desandar mi propio laberinto, contrastar sus fragmentos y proponer “un procedimiento capaz de crear una inteligibilidad mutua entre experiencias posibles y disponibles, sin destruir su identidad” (De Sousa Santos, 2009).

* Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Autora de *Mujeres de maíz*, México: Era, 1997. *Zapata Vive*, Barcelona: Virus, 1994. *Zapatistas sin fronteras*, México: Era, 2009.

A la vez, rastrear destellos de política en femenino dentro de mi propia experiencia viene de la necesidad de dejar de lado los proyectos políticos objetivados de la izquierda más ortodoxa, que han querido imponer una Doxa y una forma de mirar que, en lugar de emancipar y de obligarnos a pensar y a cambiar, empequeñecen lo común, relegan a las mujeres y oscurecen los múltiples casos y las múltiples formas de luchar de las gentes en el norte y en el sur del mundo, en el norte y en el sur de nosotras mismas.

En cierta manera, el feminismo descolonial intenta sacar a la luz precisamente estas historias en plural: las otras matrices de los otros saberes escondidos y mantenidos con vida en el espacio femenino y en los pueblos indígenas, otras opciones de vida, otras cosmovisiones que nos pueden dar elementos para pensar y luchar, pero que desde el activismo, muchas veces han estado invisibles, ausentes. De nuevo, como de Sousa Santos y como Aída Hernández, propongo mi propia micro “sociología de las ausencias”, como una crítica no nada más a la academia, sino al *mainstream* del activismo político que se ha erigido en política en masculino y que, desde ahí, ha construido una Historia que ha negado a muchas otras o que no les ha dado valor (las más pequeñas, los destellos de tiempo mesiánico, diría Walter Benjamin). Vivencias que sí importan.

Lo común como política en femenino

Quiero inscribir mi artículo en la reflexión política que hace Raquel Gutiérrez sobre la necesidad de una rebelión de lo femenino, no como algo que excluye a un sexo o género, sino como un método para trascender las formas de la dominación actuales, marcadas por el capitalismo y por la imposición de esquemas jerárquicos con pretensión de universalidad.

“Lo femenino como sitio por excelencia —aunque por supuesto heterogéneo— de la colonización, que se funda, entre otros elementos, en reiteradas, sistemáticas y difusas prácticas de exclusión, en la instauración persistente de jerarquizaciones que producen y consagran, una y otra vez, nuevas diferencias y exclusiones...” (Gutiérrez, 2012). A pesar de ello, o quizás por ello, la femineidad es potencia inexplorada para lo político al margen de esquemas unificadores o identidades.

Gutiérrez propone: “[...] se trataría de pensar, desde nosotras mismas, en femenino, las variadas maneras de construir capacidad común para sentirnos seguras y proteger nuestros haceres —nuestro lugar— desmontando paso a paso el conjunto de resujeciones múltiples que nos atrapan, excluyen o violentan” (Gutiérrez, 2012).

La producción de lo común entre hombres y mujeres jamás es la aplicación de una fórmula. La idea de la política en femenino de Gutiérrez se caracteriza entonces por ser singular y contingente, siempre en función de las condiciones del grupo humano en cuestión, siempre en razón del mundo de vida. La política en masculino impone pronósticos y recetas, soluciones modulares para toda circunstancia. Se pierde hurgando en la ontología del ser.

Gutiérrez insiste: Necesitamos lo común y no lo universal. “Aquellos que los distintos particulares tengan en común, aquello que es susceptible de generalización sin sumergirlos en el opaco caldo homogéneo de los universales y su indiscernibilidad o identidad” (Gutiérrez, 2012).

La política en femenino es una política de tránsitos y devenires, de buenos encuentros. Lo común es performativo: no existe previamente a su actualización. Lo común es la confianza que aparece porque podemos hacerla venir, darle condiciones, y que nos dé fuerza para crear y actuar.

Queda en lo común superada la falsa dicotomía comunidad/individuo. El individualismo a ultranza es impotente, desolador. Y a la vez, el ideal comunitario reproduce la misma lógica opresiva de la identidad plena, en la que se disuelve la diferencia. Al enaltecer la comunidad y borrar al individuo se construye un ‘uno’ que sacrifica la irrenunciable autonomía individual, como mujeres caemos atrapadas en las reglas patriarcales y la tradición se impone sobre la acción.

Sin embargo, igual que la libertad personal debe ser reivindicada, la comunidad debe ser repensada como lo común. Es decir, como posibilidad de pertenencia, de ser otros y con otros. Lo común no renuncia a la individualidad: cada quien aparece y aporta su mirada singular, contribuye, mantiene su diferencia, construye una parte contingente que le permite ser en colectivo y acrecentar su potencia.

No hay luchas perdidas. Lo común permanece en el recuerdo y construye el presente, es un impulso que clama justicia. El otro mundo posible ha estado aquí y seguirá estando, en las formas múltiples de arraigar y de darse de lo común. Hagamos del destello de lo común nuestra búsqueda más placentera y feliz. Es bajo ese impulso de confianza que me animo a relatar mis encuentros con lo común. Es la fuente de la que abrego. Una historia de particulares políticos.

Forasteras en un mundo masculino

Raquel desgrana cómo los procesos de exclusión y de jerarquización del capitalismo van dejando a las mujeres fuera de lo universal, que es por definición moderno y masculino:

Quedamos en ese rincón donde se amontonan los particulares, en primer lugar, las mujeres —y por supuesto no quedamos ordenadamente colocadas sino que se instauran todo tipo de escisiones entre unas y otras, de diferencias, rivalidades e incomodidades [...] sin por ello dejar de estar, todas, aunque de diferente modo, en el lugar del exilio.
(Gutiérrez, 2012)

Quisiera rescatar esa idea de la feminidad como exilio. ¿Qué es el exilio sino estar fuera del lugar? ¿Cuál es el lugar del que procedemos o al que podríamos volver si se levantara la condena de nuestro exilio? No existe, hay que crearlo y a

la vez está aquí, es lo común, lo oculto, lo sometido. Sin embargo, el hecho de que las mujeres ocupemos una posición de forasteras en este “mundo” marcado por los códigos masculinos dominantes, nos proporciona una oportunidad para ver cosas que ellos no pueden ver por estar en el centro.

Retomo un párrafo de Gutiérrez:

He aprendido muchas cosas a través de ese quehacer-pensar compartido y, por lo general, en más ocasiones de las que hubiera querido lo he hecho de una manera incómoda, difícil, como hablando siempre un *lenguaje extranjero*. Por eso hoy quiero restablecer el vínculo entre mi experiencia y mi palabra para poder darme cuenta de mi capacidad.

(Gutiérrez, 2012)

¿Seré capaz de hacer lo mismo yo, guiada por ella, al recorrer algunos fragmentos de mi vida?

Alfred Schutz define que el término forastero “indicará una persona adulta, perteneciente a nuestra época y civilización, que trata de ser definitivamente aceptada, o al menos tolerada, por el grupo al que se aproxima” (Schutz, 2003: 95).

En mi condición de forastera (porque vivo en un país donde no nací ni me crié), me parece doblemente pertinente la siguiente observación que me atrevo a extender a las mujeres en nuestras sociedades de origen:

[...] la cultura del grupo al que se incorpora tiene su historia peculiar, que incluso le es accesible. Pero nunca ha sido parte integrante de su biografía, como la historia de su grupo de origen... El forastero aborda al otro grupo como un recién llegado, en el verdadero sentido del término. [...] en todas las circunstancias permanecerá excluido de tales experiencias de su pasado. Desde el punto de vista del grupo al que se incorpora, él es un hombre sin historia.

(Schutz, 2003:100)

Las mujeres, ¿tenemos historia? ¿Y las mujeres indígenas? ¿Y en las luchas de izquierda, cuáles son nuestros referentes? Es muy duro el texto de Schutz, porque para él, el conocimiento y las formas de acercamiento del extranjero, serán siempre “inadecuadas”; sus esfuerzos le servirán como esquema para interpretar al grupo extraño, pero no como “guía para la interacción entre los dos grupos”, en el sentido de que nunca logrará una situación de horizontalidad.

La consecuencia de esta desigualdad es el aislamiento. La confinación fuera del espacio público de la mujer, coincide con esta situación. Lo abierto, el mundo común, es ocupado por los hombres, quienes “propiamente” pertenecen al ámbito de la política. Las mujeres en lo público somos intrusas, extranjeras. Nuestro pasaporte, a aprobar o desaprobarnos, es a veces nuestro cuerpo, nuestro ser objetivado por la mirada masculina: la seducción como aparato de captura activo.

Para Schutz, “solamente los miembros del endogrupo —que tienen un *status* definido en su jerarquía, y además lo saben—, pueden utilizar su pauta cultural como un esquema de orientación natural y digno de confianza”.

Si aceptamos esta propuesta, las mujeres vivimos en la desconfianza, al margen, “fuera del territorio que cubre la pauta de orientación vigente dentro del grupo”. Schutz añade que el forastero: “Ya no puede considerarse como el centro de su medio social, y esto vuelve a provocar una dislocación de sus perfiles de significatividad” (Schutz, 2003: 102). La mujer no puede considerarse como centro en ningún caso. Por tanto, como le ocurre al forastero, debe contar con que “aparecerán discrepancias fundamentales en la visión de las cosas y el manejo de las situaciones” (Schutz, 2003: 102). Ahí aparece una oportunidad, creo yo, para el extrañamiento, para entender que las cosas son así porque alguien puso las reglas; por tanto, las reglas pueden ser otras.

Gutiérrez expone: “Dentro del sistema sexo/género existente es como si siempre se nos pidiera [a las mujeres] que estuviéramos hablando en inglés en vez de en castellano... con frecuencia tenemos la sensación de tener que hacer ‘traducciones’ desde nuestra ‘lengua materna’, desde nuestras pautas comprensivas” (Gutiérrez, 2010: 138).

El riesgo es que con el tiempo, una acaba “negando el propio ser”, pues ya no sabe “cuáles pautas son las suyas, cuáles son la interiorización de las dominantes, cuándo están simplemente realizando traducciones y cuándo están inhibiendo y despreciando sus propias modalidades profundas de producción de comprensión, etc.” (Gutiérrez, 2010: 139).

Evitar esto es lo que se propone la política en femenino. Es la mirada dislocada de la mujer, como forastera e intrusa en un mundo masculinizante, lo que proporciona una oportunidad única de ver y de encontrarse. Ver la ficción del poder, su contingencia, su arbitrariedad, desnaturalizar las situaciones de dominación en la vida cotidiana y en el seno mismo de las luchas sociales. No reproducirlas.

Para Schutz hay dos elementos del forastero (que yo extrapolo a la mujer) que lo capacitan para percibir más allá de lo “naturalizado” y para crear nuevas oportunidades políticas: la objetividad¹ y su dudosa lealtad.

Empecemos por esta última. La dudosa lealtad que Schutz atribuye al extranjero, deriva del

¹ La objetividad tiene que ver “menos en su propensión a juzgar” que “en su propia amarga experiencia de los límites del pensar habitual, la cual le ha enseñado que un hombre [yo añado: una mujer] puede perder su *status*, las reglas que lo guían y hasta su historia, y que la manera normal de vida está siempre mucho menos garantizada de lo que parece. Es por ello que el forastero [la mujer añado yo] discierne —frecuentemente con penosa claridad— la aparición de una crisis que puede amenazar a todo el fundamento de la concepción relativamente natural del mundo, mientras que todos esos síntomas pasan inadvertidos para los miembros del endogrupo, que confían en la continuidad de su manera habitual de vida” (Schutz, 2003: 106).

[...] asombro de los miembros del endogrupo al comprobar que el forastero no acepta la totalidad de su pauta cultural como la forma natural y apropiada de vida y como la mejor de todas las soluciones posibles para cualquier problema. Se acusa al forastero de *ingrato*, por negarse a reconocer que la pauta cultural que se le ofrece le asegura *refugio y protección*. Pero esas personas no comprenden que el forastero, en estado de transición, no considera esa pauta como un refugio protector, sino *como un laberinto* en el cual ha perdido todo sentido de orientación. (Schutz, 2003: 107)

Invoco entonces el libro de Raquel que justamente tiene como título *Desandar el laberinto* (Gutiérrez, 2010). La autora expone su búsqueda. Y va jalando el hilo de Ariadna de la propia experiencia en su laberinto, el de su condición femenina, lleno de trampas y *culs-de-sac*, donde hay que retroceder y volver a empezar. Por ejemplo, dice tras vivirlo, que las mujeres “somos convocadas a los espacios sociales en tanto iguales, se asume que ‘no existen diferencias’; más aún, a esta noción se la valora como la más progresista de todas y así, una y otra vez nos vemos compelidas a incorporarnos, escindida y frustrantemente, a un universo de racionalidad masculina” (Gutiérrez, 2010: 27).

Así, convocadas como ‘iguales’, sentimos que no encajamos, aparece el sentimiento de “estar en falta” o nos dejamos llevar por la impotencia. Raquel afirma que para trascender estas circunstancias necesitamos “construirnos en libertad pero no de manera absoluta, sino estrictamente a partir de lo que somos, de lo que nos han hecho ser y, en este caso, es evidente que es distinto, muy distinto, ‘haber llegado a ser’ —socialmente— una mujer o un varón” (Gutiérrez, 2010: 27-28).

Gutiérrez arrostra a quien quiera oírla las preguntas más incómodas que pueda hacerse una militante política en otro de sus libros que sigue combinando la búsqueda de razones e ideas con la experiencia política personal. En *¡A desordenar!* (2006) se pregunta sobre sus acciones: ¿Por qué hice esto? ¿Por qué pasó aquello? Raquel fue activista y escribió estos libros teniendo la doble condición: mujer y extranjera (mexicana en Bolivia). Su reflexión más nítida es la que se gesta en la Cárcel de Mujeres de Obrajes, en la Paz, cuando descubre que entre puras mujeres son capaces de lo común. Su presencia en el confinamiento no fue extraña, sino potencia para todas las demás y ahí se fortaleció su capacidad de enunciación de una forma que marcará toda su obra.

Nuestro exilio es un laberinto que hay que desandar. A un alto costo, pero al fin y al cabo una posibilidad de escape que no tienen quienes son de ‘aquí’ y hablan propiamente, con ‘propiedad’: los hombres. Ésta es nuestra ventaja como mujeres, desordenar, ser impropias, inadecuadas. No somos de aquí, por eso vamos a hacer que este aquí cambie y sea una construcción colectiva, sin importar de qué lugar se provenga, porque al fin y al cabo lo común es tan básico como que todos hemos nacido de madre, dice Raquel, un útero nos ha albergado y es la casa de lo femenino. Es la oportunidad de la risa, del desorden, del amor, de otro tipo de poder y de otra forma de contar (no numérica, sino cualitativa).

En mi caso, me propongo desandar mi propio laberinto. Al menos, ese es el impulso y la fuerza que me han dado mis compañeras de nuestra Red de Feministas Descoloniales. Sin ellas no me hubiera atrevido. Y a la vez, pido una disculpa por el ejercicio de narcisismo que pueda suponer.

Mis ancestras, mis abuelas, tías y madres

Mi madre me contaba que mi abuela era de Jaén, nacida entre jornaleros del campo, gente sin tierra, gente de hambre, aceituneros altivos. Mujeres y niños que por tener los dedos finos eran los encargados de recoger del suelo una por una las olivas enterradas en la escarcha bajo el frío tremendo del invierno andaluz. Así, desde temprana edad, aprendió mi abuela a luchar para sobrevivir, hasta que migraron a Barcelona; toda la familia se fue a buscar mejor suerte en la gran metrópoli que preparaba la Exposición Universal de 1929, que modernizó toda la ciudad y que requería mano de obra.

Mi abuela aprendió el oficio de la costura y cosía uniformes militares en un pequeño departamento casi sin luz del barrio Chino de Barcelona, hasta que se quedó ciega. Se casó con mi abuelo que era alcohólico y sufrió los golpes y la violencia. Mi madre era hija única. Y desde que tengo uso de razón me contó su dolor, un dolor que no cabía en su sola existencia y que tuvo que transmitir a mi hermana y a mí, un dolor mamado que se me ha clavado en el corazón como una espada de titanio helada que jamás podré arrancar. ¿Cómo cambiar la desgraciada infancia de mi madre? La posguerra, el hambre, los abusos sexuales, la miseria, la fuerza de voluntad de mi abuela para salir adelante. Mi madre aprendió a leer sola. Mi madre no fue a la escuela. Mi madre cantando en el balcón, mi madre quiso ser cantante de ópera. “Origen es destino”, repite hasta hoy. A Laura (mi hermana) y a mí nos dice que por fin nos toca, que somos el fruto de tantas generaciones de mujeres desgraciadas pero luchadoras, inteligentes y capaces, que han dejado la piel en la supervivencia; que es justo que por fin nosotras seamos felices.

Justicia. Qué es la justicia. ¿Quién puede pedirla y quién puede otorgarla?, pienso, parafraseando el comunicado zapatista sobre el perdón. Mamá, soy feliz. Soy feliz en México, muy lejos de ti, pero muy feliz. En mí, vive la iaia Pepita. En mí vive la abuela Casimira, en mí, mamá, vivimos nosotras, todas. Las mujeres, las madres, las abuelas, las tías. Nosotras.

Mi madre hizo nacer en mí la conciencia feminista. Yo me sentí siempre portadora del dolor de mis ancestros mujeres. Nunca conocí a mi abuela. Sólo supe de ella en las lágrimas de mi madre que jamás, jamás pudo superar su muerte. “Ojalá os hubiera conocido, niñas —nos decía a Laura y a mí—, se hubiera sentido tan orgullosa”. Qué mandato tan terrible el de una madre que encarga a sus hijas no vengar con odio sino con amor las vidas trucas de las abuelas y de ella misma. Mi madre que nunca pudo realizar su vocación. Mi madre salió a vender enciclopedias de puerta a puerta,

luego fue visitadora médica. Pero no pudo cantar. Mi madre, repetida en tantas y tantas mujeres que he conocido y que caminan las calles de mi barrio, de mis ciudades.

Como ella trabajaba, saliendo de la escuela a mi hermana y a mí venía a cuidarnos una mujer gallega, Elvira, emigrada de la dura vida campesina de Lugo, primero a Madrid y luego a Barcelona. Por Elvira supe del miedo a los lobos mientras pastan las ovejas, del susto, de la dureza terrible de vivir del campo, de sembrar y cosechar, de los animales y la matanza, de lo que no valen las mujeres ahí. Elvira nunca aceptó a un hombre a su lado, “los que me corresponden son unos bestias”, decía. No tuvo hijos, pero nos cuidó a nosotras con el amor más entregado que pueda haber. Jamás he mitificado la vida rural. Elvira siempre me dijo que por mal que le fuera en la ciudad, nunca volvería a vivir de la tierra, me lo explicó con ejemplos y razones. Lo entendí, como entendí a Dios cuando ella me llevó a la iglesia a escondidas de mis padres ateos.

Son muchas mujeres en mi vida. Mi tía abuela Nené se puso los primeros pantalones en Barcelona, y estrenó el bikini en pleno franquismo. Vivió 102 años y logró salvar a toda la familia de rojos gracias a que se casó con un falangista adinerado que le contagió la sífilis, enfermedad que le hizo perder a su hijita de meses y la capacidad de engendrar.

Tantas mujeres me interpelan...

Creo que en Chiapas por fin conocí a mi abuela, la que no tenía tierra ni hogar y recogía aceitunas en la madrugada metiendo los dedos en la escarcha, la que dormía con toda la familia en un galpón de la finca de los señoritos andaluces dueños de los olivos. Mi abuela tenía el rostro de algunas de las mujeres que me acogieron y me sirvieron lo mejor que tenían, un plato de frijoles, un blanquillo y unas tortillas con sal en la Selva Lacandona. Era doña Tere, con sus manos arrugadas y su capacidad para sonreír sin dientes y plantar un vergel de flores alrededor de su pobre jacal.

Descolonizarme supuso reconocer mis filiaciones, mi herencia, la deuda. Porque al nacer de mujer fundamos un compromiso con los demás que ya están en este planeta, con los que ya fueron y con los que están por venir. Dice Espósito que el vínculo de la *communitas* está fundado en esa deuda no dicha que se contrae cuando uno es acogido en el seno de un grupo humano, un universo de sentido que compromete y acoge. Y al pensar en lo que dice Espósito, yo siempre visualizo el regazo de las mujeres con los hijos a cuestas y nuestra deuda con ellas, con nosotras. Lo más escalofriante que decían los adultos que fueron niños españoles enviados a Moscú durante la Guerra Civil y que perdieron a sus padres: “Teníamos de todo, pero nos faltó lo más importante: la caricia de una madre”. La deuda es con la caricia.

Mi contrahistoria descolonizante

En la universidad, un profesor de historia nos hablaba sobre algo que en toda nuestra ya larga trayectoria escolarizada no habíamos oído mentar. Empezó por los pueblos sin Estado, por los feudos de la Edad Media y por la dispersión del poder tras

la caída del Imperio Romano. En su clase apareció por primera vez la fecha del 11 de septiembre de 1714, el día nacional de Catalunya, ese que celebré en su primera manifestación tras la muerte de Franco, con 9 años y con mi amiga Marta Mateu y mi hermana. Mi madre nos puso en la espalda a cada una de nosotras una *senyera* catalana: la bandera de las 4 barras de sangre, la bandera de la nación que perdió la guerra ante Castilla. Supe ahí que la represión de los conquistadores fue tan brutal que colgaron en la entrada de cada pueblo las cabezas de los hombres ensartadas en lanzas. Y que un ejército vencedor requisó de cada hogar los cuchillos, las hoces de segar el trigo y otros instrumentos de labranza. Porque el pueblo catalán no se quería dejar someter. Supe que yo escribía y leía en una lengua que no era mi lengua materna. Jamás me lo había preguntado: era “natural”, como si todo el mundo tuviera una lengua para andar en casa, jugar con los amigos, y otra para leer y estudiar.

Luego, nuestro profesor de la universidad, mientras mi primer amor Raúl y yo luchábamos contra el servicio militar obligatorio en las calles y nos hacíamos *punkys*, nos habló de la organización obrera en Catalunya, de la implantación del anarquismo en estas tierras del Mediterráneo. Descubrimos que Barcelona era la Rosa de Fuego. La más larga experiencia de una revolución anarquista en el mundo fue la que se produjo en nuestra tierra durante la Guerra Civil. Que la lucha contra el alzamiento militar de Franco provocó lo que ya estaba en el aire: la revolución detuvo la intontona golpista en Catalunya, la gente se echó a las calles, invadió los cuarteles y se repartió los fusiles y las municiones: “un pueblo en armas” detuvo a los militares fascistas. Supe de las fábricas ocupadas por los trabajadores en 1936, de la organización de los obreros, de las Mujeres Libres, de las colectivizaciones en el campo.

Descubrimos los rincones donde se alzaron las barricadas. Vimos las fotos del hotel Ritz colectivizado, lleno de obreros comiendo bajo lámparas de araña; supimos de la Confederación Nacional del Trabajo con dos ministros en el gobierno central; supimos de Federica Montseny, de la Federación Anarquista Ibérica, del POUM. Y del entierro multitudinario de Durruti, nuestro héroe y mártir de nombre Buenaventura, como Manuel.

Supimos que Ferrer i Guardia era un catalán que ideó la pedagogía moderna, las escuelas mixtas en las que las niñas hacían deporte y los niños cuidaban el espacio, sin religión alguna que estudiar. Descubrimos que Barcelona, durante siglos, ha estado sitiada por cuarteles militares, que una generación tras otra pagó con sangre su insurrección. Aprendimos que en el castillo de Montjuic, al que nuestros padres nos habían llevado alguna vez a ver los cañones que miran hacia la ciudad y el mar, ahí en el foso fue ejecutado Ferrer i Guardia en 1909. Ahí fueron ejecutados uno tras otro los masones, los catalanistas, los anarquistas, los republicanos. Nunca pudieron acabar con ellos. En 1974, fue ejecutado a garrote vil en la cárcel Modelo de Barcelona, Salvador Puig Antich, el último anarquista que asesinó Franco.

Mi padre me contó que su abuelo, l’avi Pep, no hablaba nunca de la guerra; había salvado la piel pero sufrió el destierro interior, cada día la guardia civil lo

llevaba escoltado a la estación de ferrocarril. Había sido el jefe de estación de Port Bou, catalanista y republicano, rojo, en la frontera con Francia. El silencio sobre la guerra y la derrota se impuso por dos generaciones. Mi abuelo, l'avi Pepito, estuvo en la Batalla del Ebro; como hijo de ferroviario sabía del telégrafo; en el frente se tenía que encaramar a los postes de la luz, el blanco perfecto al que no le atinaron. Supe quiénes éramos. Construí lo común con quienes me precedieron. Y desde ese lugar, pude traducirme.

Yo descubrí mi barrio de Gràcia, pueblo anexionado a Barcelona marcado por una tradición iluminista, libertaria, espiritista singular; los nombres de las calles son un regalo: la calle Fraternidad, nuestro local estaba en la calle Libertad, a un paso de la calle del Progreso y cerquita de la Plaza del Sol. A dos cuadras del Ateneo Libertario de la calle Peligro, contraesquina con la grandeza de la calle Venus... Colgué un póster con el mapa del barrio en el que decía: "Gràcia, Municipi Lliure". Contra la anexión a la gran ciudad, Gracia quiso mantener su autonomía. Entendí qué es la autonomía. Las campanas de Gràcia, desde la torre del reloj —que no de ninguna iglesia—, llamaron a la rebelión.

Este proceso de descolonización que supuso para mí conocer que había otra historia más allá de la de los reyes católicos, los Borbones y los Austrias, que existía la historia no dicha de mi barrio, de mi pueblo, de mi lengua, de mi cultura, me hizo elegir mi filiación. Yo soy parte de eso negado pero vivo como la grama, como el rizoma de la continuidad de la vida. En el *punk* y en el anarquismo encontré voz. Quizás descolonizarse es hallar sentido, poder expresarlo, aunque sea con un grito o renunciando a las ropas femeninas y calzando botas Dr Martens con puntera de hierro para no dejarme pisar. Y con *La Polla Records* canté: "Somos los hijos de los obreros que no pudisteis matar. Somos los hijos de los que perdieron la guerra civil. ¡No somos nada!" Esta última parte del estribillo me fascina: No somos nada. Contradicción performativa. Desordenada.

Mujeres y experiencias militantes

En Barcelona abrimos el Anti, local anarquista registrado bajo el nombre más elegante de Associació Cultural del Carrer Llibertat. Un día sentimos la necesidad de hablarnos entre nosotras, las mujeres del movimiento libertario y *punk* de la ciudad que merodeábamos por varios espacios: el Ateneu, el Lokal, el Anti, las casas ocupadas. Y decidimos hacer una cena de mujeres. Colgamos unos pocos cartelitos hechos a mano. El Anti permaneció esa noche con la puerta cerrada a cualquiera que representara el sexo masculino. La experiencia fue radical y divertidísima. Recuerdo que pusimos todas las mesas en una línea en el centro de la nave de 60 metros cuadrados, de suelo negro de mugre y paredes llenas de pósters y grafitis.

Llevábamos pan con tomate, tortillas de patatas, jamón, queso, aceitunas, vino, cervezas, y la música del bar, como siempre. Éramos muchas, más de 30, un

éxito de convocatoria dentro de la escena *punk* okupa de la ciudad. La gran diferencia es que estábamos solo mujeres. Y hablábamos de cualquier cosa, de lo que nos daba la gana. Quiero encontrar mis diarios y rescatar ese momento. Fue riquísimo. Nos escuchamos, abordamos desordenadamente el tema de nuestras emociones, de cómo nos sentíamos, qué pasaba en las luchas, en las casas ocupadas, en las asambleas, en las reuniones, en las acciones. Ellos siempre mandan. Ellos siempre hablan. Ellos siempre nos dejan en segundo lugar.

Lo más curioso del caso es que a dos cuadras de ahí, en el Ateneu Llibertari, estaban todos nuestros compañeros hombres sumamente inquietos, nerviosos, incluso muy molestos. Indignados. ¿Por qué ellos no podían estar ahí en nuestra reunión? De repente me puse a pensar, ¿pero qué les pasa? ¿Les preocupa lo que digamos? Pero si normalmente les tiene sin cuidado...

El revuelo que causó nuestra reunión duró meses. No se habló de otra cosa. ¡Se anunciaba la guerra de secesión! Fue mi primera experiencia de “postmachismo”, como lo llaman ahora: hombres que sienten que ya son tan igualitarios, que se enojan ante cualquier atisbo de reclamo de las mujeres. Yo creo que ellos sintieron que se tambaleaban los cimientos de sus certezas. ¿De qué hablaríamos nosotras? Por primera vez en su vida se lo preguntaban y les inquietaba.

¿Hablarán mal de nosotros? Ellos estaban convencidos de que esa era la intención de nuestra reunión. Yo les dije que no se dieran tanta importancia, que teníamos mil cosas más interesantes de qué hablar que de ellos. El tema dio para un debate en la revista *La Lletra A* y para entender que el acto tan insignificante de convocar una cena de mujeres tenía un carácter subversivo y por tanto necesario. Desnaturalizaba la supuesta igualdad de género entre los activistas anarquistas, que ya daban por superado el tema. No era tal. Nosotras nos dábamos cuenta. Ellos se aterraban.

Algo después vivía yo en Berlín. En Alemania, las mujeres tenían mucho terreno andado. Y para ellas, los espacios propiamente de mujeres eran imprescindibles e irrenunciables. Habían ya logrado que los compañeros de lucha entendieran la importancia de respetar, incluso de fomentar, esos espacios. Para los autónomos berlineses era “normal” que sus novias los dejaran para irse con otras mujeres a hablar o a tomar cerveza. “No, cariño, hoy no puedes venir, es *Frauenabend* (noche de mujeres)”. Estaba integrado al vocabulario de uso común. Lo tenían asumido, daba igual si les gustaba más o menos. Incluso florecían los grupos de hombres en los que se reflexionaba sobre la masculinidad y se exponían emocionalmente unos ante los otros. No hacían algo así como noche de solo hombres, porque los bares simplemente a partir de una determinada hora suelen ser espacios exclusivamente masculinos. En la mayoría de las casas ocupadas de Berlín, cuando se abría en la planta baja un bar o una cafetería, como ocurría en la mía en el barrio de Friedrichshein, se dedicaba alguna tarde de la semana a mujeres.

A mí me pareció un contraste muy prometedor. Mientras en Barcelona, el hecho de que una única noche decidiéramos hacer una cena de mujeres en no sé

cuántos años de movimiento ocupa, *punk* y libertario mixto, causaba escándalo, en Berlín la cosa era lo más natural del mundo. Si algo aprecié es que dentro del colectivo de los autónomos alemanes, la agenda de las mujeres no estaba subordinada a las otras luchas, sino que era prioritaria, incuestionable, y tenía que entenderse como un ejercicio de vigilancia y de exploración continua. Nadie ahí tenía necesidad de decirse feminista ni homosexual. Ya por participar en el movimiento autónomo se era feminista y bisexual de entrada. Había la batalla de las lesbianas por sus espacios libres de hombres. O las casas ocupadas donde vivían una veintena de mujeres, sólo mujeres, algunas de ellas con la regla estricta y acordada colectivamente de prohibir la entrada de cualquier hombre. Así ocurría en la escalera trasera del edificio ocupado donde yo vivía. *Vor der Haus*, es decir, en la escalera del frente del edificio, habitábamos 22 personas, hombres y mujeres, todos comprometidos políticamente, capaces de realizar una vez por semana una asamblea en la que se acordaban las reglas de la convivencia, el avituallamiento, la limpieza y la cocinada, así como las actividades políticas en las que teníamos que participar como colectivo. En el mismo bloque, al fondo del patio interior, había una casa de mujeres, donde 20 de ellas habían acordado que era espacio vedado a los hombres. Ellas entraban en nuestro espacio y convivían muchas veces con nosotros en nuestro hermoso y amplio comedor que daba al parque arbolado. Pero luego se iban a su casa donde sólo podíamos entrar las vecinas hembras. Recuerdo la indignación de Stephan cuando se le cayó un calcetín al patio interior (que pertenecía a ellas) y bajó a buscarlo, violó su espacio, por lo cual casi le hicieron un consejo de guerra. El pobre de Stephan no pudo más que sentirse muy agraviado por ser tratado así y buscó consuelo en algunos de sus amigos, pero no encontraron sus lágrimas mayor eco. Eso no debía hacerlo. Yo le dije que a la próxima me avisara e iba por sus calzones. ¿Merecía esto Stephan, que era un hombre joven sensible y dulce?

En Berlín entendí la paz que encontraban las mujeres que vivían en la casa de atrás de la mía y que me contaban cómo les daba estabilidad su comuna, llena de luz y de limpieza, algunas de ellas después de varios traumas por abusos sexuales.

Yo, desde mi extranjería, pensaba que eso era inimaginable en mi tierra. El consejo de guerra nos lo hubieran hecho a las mujeres por la pretensión de tener un espacio donde ellos no pudieran entrar. ¿Ellos, que son tan buena gente y tan comprometidos políticamente no poder entrar, no poder saber de qué hablamos o qué hacemos, no poder controlar? ¿Quizás el terror a que no los necesitáramos? Como mis vecinas berlinesas, que sabían ellas arreglar un enchufe, instalar una bomba de agua o componer las cañerías o arreglar el tejado e incluso tener sexo. ¡Válgame Dios! Imposible. En Barcelona, nos habrían quemado en la pira de las brujas. Pero mis compañeras siguieron dando la batalla, también ahí, muchas veces vestidas de brujas, como en la Valpurgisnacht, la más hermosa manifestación de Berlín, sólo de mujeres, todas disfrazadas de brujas, bailando y gritando como locas por las calles, en memoria, siempre en memoria de nuestras ancestras que ardieron en las piras de

la Inquisición. Reinventando esos saberes mudos que se llevaron a la tumba, jugándolos en un baile, en vestirse de locas, en descubrir nuestro poder oculto pero vivo: en lo común que brotaba ahí.

Como los autónomos alemanes no formulan sus causas en términos de derechos, la manifestación de las brujas, totalmente femenina, era una irrupción intempestiva en el espacio público, era un *performance*, la ocasión de ser todas putas brujas locas subversivas y desmadradas. No pedir derecho a ser lo que nos dé la gana, sino serlo aquí y ahora. Me sentí en mi salsa.

Un día llegó a la casa un kurdo del PKK que había huido de su pueblo tras el asesinato de su padre y de su tío. Escondido en un camión de fruta recorrió miles de kilómetros hasta llegar a Berlín. Nosotros, como casa comprometida, teníamos que apoyar a los refugiados políticos, sobre todo a aquellos que no tenían papeles. Hussein se sentó en el enorme comedor de nuestra comuna y nos miraba, no hablaba alemán, pero los compañeros se empeñaron en instruirlo, cada tarde uno de ellos se sentaba a enseñarle algunas palabras. Los hombres de la casa creían que lo que necesitaba nuestro kurdo era integración, adaptación a la nueva cultura. Pero Hussein no prestaba ninguna atención, había salvado el pellejo y en él bullían sus 25 años. Recuerdo cómo miraba a una pareja de mujeres enamoradas que se besaban con deleite ahí frente a todos. Hussein falló en su lectura de lo que ocurría. Se le iluminó el rostro. Pensó que había llegado a jauja, a una orgía donde las mujeres ardían y solo necesitaban un buen macho como él. Hussein se llevó terribles decepciones pues intentó acosar a cada una de las féminas de la casa. En una asamblea en la que el pobre estuvo cabizbajo y afligido, porque pese a no entender nada entendía demasiado, decidimos formar una comisión para llevarlo de putas. A mí, Hussein me explicaba con sus pocas palabras —él y yo nos entendíamos a la perfección, quizás porque éramos los únicos extranjeros ahí y las extranjerías por muy disímiles que sean hablan un lenguaje común— que después de correr riesgo de muerte lo último que piensa uno es en aprender alemán y lo primero que necesita es sexo. Gran esfuerzo de la asamblea: el deseo de Hussein rompía nuestras formas. Y era un deseo genuino, sincero. Hussein estaba triste y sin ganas de comer. O alguna de las mujeres de la casa se prestaba a su urgencia, cosa que no iba a ocurrir en ese momento, o se iba con una prostituta, como él sugería. La decisión fue contingente pero unánime.

Varias cosas quisiera resaltar de estas experiencias: lo que era posible en Berlín, no necesariamente era posible en Barcelona, incluso entre culturas políticas similares (anarquistas y autónomos). Lo que hace posible la traducción es la vida cotidiana, los casos particulares, las torpezas y las contradicciones. Los hombres alemanes no son los mejores del planeta, pero dentro de estos grupos políticos habían aceptado el reto de asumir la agenda de las mujeres y ponerse a un lado: no ser el centro. Los hombres catalanes todavía no habían experimentado eso, por tanto, su primera reacción al hacer el tema explícito fue de angustia, de miedo y de rechazo. Ya no digamos nuestro amigo kurdo, que hizo una lectura errónea de adónde había llegado.

Otro pequeño detalle, que no por nimio deja de ser iluminador: las extranjeras logran comunicarse entre ellas. La empatía entre quienes están fuera de lugar, en este caso un kurdo y una catalana en Alemania, supera las distancias culturales y geográficas, incluso los idiomas, y teje algo compartido y confortable. Quizás eso me ocurrió también en Chiapas, cuando yo era extranjera entre las más extranjeras que he conocido en la tierra: las mujeres indígenas rebeldes. Las más capaces de acoger en lo común a quien iba sin centro.

Y la sorpresa de algunas mexicanas estaba infundada. No era “raro” que yo tuviera rápidamente amigas y confianza entre las mujeres zapatistas. Pues ellas son extranjeras en la mexicanidad. Y yo era extranjera en México. Entre nosotras surgió ese espacio confortable y compartido.

Ser parte: participar de una lucha común

Como dice Raquel Gutiérrez, nosotras no somos. Siempre somos parte. Eso es así. Yo fui y me sentí parte como nunca en la vida en Chiapas. Fue entre las insurgentes que yo encontré a mis hermanas. Fue en las comunidades más remotas donde conocí a mi abuela, la iaia Pepita. Nunca he pertenecido tanto a nada como a nosotras, a ellas. Recuerdo a la mayor Ana María y la manera en que me jalaba la chamarra: éramos amigas desde la primera vez en que nos miramos a los ojos en la catedral de San Cristóbal de las Casas durante el primer diálogo de paz. Nos reímos: ¿Cuántos años tienes? 26. Las dos teníamos 26. Identificación generacional. Identificación de género. Identificación de extranjería. Identificación al fin en la política, eso lo miré en sus ojos y ella en los míos. Algo profundo, algo que hermana. Hermanas de lucha. Nos dio una enorme risa.

Y luego, como nunca surgió lo común. De lo común surgieron nuestras voces que se enredaron en el relato que escribimos juntas y que se publicó como *Mujeres de maíz*, que yo firmé. Y que no me arrepiento de haber firmado porque es lo único que yo podía aportar. Ellas aportaban todo: sus vidas. Por eso me dieron sus palabras, para incluirme, para ser ellas. En las noches y con una grabadora, en las tardes en el sopor canicular. Mirando las estrellas. Y lo más bonito que me ha pasado en la vida fue el regalo de acogerme y de hacerme sentir, quizás por primera vez en mi vida, en casa.

Mi lucha es su lucha. Y cada quien hace lo que puede en su trinchera, la que tiene a mano. Por eso mi compromiso me impidió irme. Por eso cuando en el periódico me decían que me regresara yo ya no me podía ir. Y ahí permanecí hasta muchos años después, el núcleo central de mi vida, ahí nací, de la misma manera que Raquel Gutiérrez cuenta que nació en la cárcel, en lo común con las presas, siendo con ellas.

Mucho más tarde, ya en mi vida universitaria, ya habiendo abandonado a aquellas mujeres que todo me dieron, descubrí que yo venía del Norte... Ja! ¿Dónde

queda eso? ¿Quién es mi madre? ¿En qué barrio crecí? ¿Qué lengua me habla y cuál oculto? ¿Con que ojos vemos y pre-juzgamos en el espacio universitario?

La universidad: tabla de salvación. El reto de pensar, de reflexionar sobre lo vivido, el único espacio donde despojada de toda certeza podía intentar seguir un hilo de luz y de cobijo. Porque salí de Chiapas desnuda y rota. No pude. No fue verdad lo que un día había pensado y sentido: que yo pertenecía. Que yo podía vivir como ellas, que yo podía luchar siempre y ser de las imprescindibles. Nunca he odiado tanto a Bertold Brecht y su frase de “hay quienes luchan un día...” Yo me creía de las imprescindibles. Lo que ocurrió es que constaté algo muy duro aunque favorable: la gran diferencia entre mis compañeras indígenas y yo, era que yo me podía ir. Yo sí podía elegir. Ahora puedo afirmar algo que quiero destacar: Ese es el Norte. Poder irse. Poder salir y entrar, pero sobre todo, no necesitar estar.

Ahí sí comprobé que yo era del Norte. Yo era el impulso de mi abuela, de mi bisabuela y de mi madre: “tienes que ser feliz, no te puede pasar como a nosotras, no te puedes sacrificar como nosotras”. Ellas fueron el sur. Yo fui el norte. Y las dejé. Y salí de Chiapas. Yo agotada, enferma, destruida. Pero libre. Yo sin nada ni nadie, sin comunidad. Con mi compañero dispuesto a todo por nosotros y un hijo que me exigía una vida “normal”. Porque yo había pensado que tener hijos era muy fácil, y no fue así.

Recuerdo la primera vez que fui a la selva ya con mi pichito. Era un bebé hermoso y las mujeres me lo arrebataron desde el instante en que llegué y me lo celebraron y sobre todo me celebraron a mí, como que de repente me tocaban y acariciaban, bienvenida a la nueva madre, bienvenida a la güera que sí es una mujer como nosotras, por fin es una mujer como nosotras, por fin tiene su hijo. Era como el momento del reconocimiento pleno; ahí me di cuenta de que hasta entonces quién sabe qué tipo de espécimen era yo para ellas. De repente, estaban llenas de gozo y de confianza ante mí recién parida. Qué momento tan bello, tan inolvidable. Y veía pasar de vez en cuando a alguna niña corriendo con mi bebé rebotando en su espalda y una recua de chiquitos detrás. Vuelvo a la idea de Norte. ¿Quién es el norte? ¿Dónde está? Recuerdo el documental *Promises*, de Carlos Bolado y B.Z. Goldberg (Bolado y Golsberg, 2001), que junta a un grupo de niños palestinos e israelíes que se hacen amigos. La película es tan desgarradora como real. Acaba con la visita del periodista dos años después, encuentra a los niños judíos ya adolescentes, amantes del boleibol y los deportes, que estudian, que se han olvidado de los niños palestinos. El testimonio de uno de los árabes, ya un joven, es estremecedor: él no se ha olvidado de sus amigos judíos, les ha hablado varias veces y no le han contestado, su tristeza es muy grande porque él sí necesitó creer en que eran amigos para siempre, y constata que no, que él no tiene futuro, no puede salir del campo, él va a la lucha armada, dice que no tiene otro camino. Y es cierto. Él es el sur. Él se tiene que quedar. Los niños israelíes, pueden ser jóvenes, divertirse, estudiar, elegir. Son el Norte. Él no.

Yo soy el Norte. Y nos fuimos a vivir a la ciudad de México. Ahí aprendí a valorar lo “normal”. La terrible dificultad de lo normal. Tener un departamento, un horario, una regularidad, no vivir con el corazón en la boca, sino en el sosiego de la repetición y la insignificancia, ser como todos los demás. Y ahí, mi universidad, la UAM Xochimilco, mis profesores Raymundo Mier, Carmen de la Peza, Mabel Piccini, radicales, brillantes, iconoclastas. Pensé que desde ahí podía seguir mi camino, desde ese nuevo reto que es pensar, sin traicionarme.

Otra academia posible

¿Somos capaces de despojarnos de nuestras certezas, de esas identidades defensivas que nos aseguran un lugar privilegiado en el mundo, y compartir simplemente nuestra humanidad e intentar pensar en común? ¿O sólo saben hacerlo aquellas personas que no tienen más remedio, aquellas personas que ya están excluidas de todo? Nos conocen mejor ellas a nosotras que nosotras a ellas...

Entonces, ¿cómo le podemos hacer para intentar escuchar a las mujeres que no pueden elegir? ¿Cómo recuperar textos no canónicos, producciones de otro tipo, no necesariamente académicas, sino expresiones artísticas, voces, sonidos que nos abran a nosotras mismas y nos acerquen a otras? Es un reto. Igual que es un reto leer lo que no llega a la cultura impresa, lo que no llega a la universidad o quizás lo que la universidad niega, silencia, invisibiliza...

Como dice Graeber, toda pretensión decolonial

[...] no encaja demasiado bien con trabajar en la universidad, quizás la única institución occidental, además de la iglesia católica y de la monarquía británica, que ha permanecido inalterable desde la Edad Media, promoviendo debates intelectuales en hoteles de lujo y pretendiendo incluso que todo ello fomenta la revolución. (Graeber, 2011:13)

Sin embargo, aún aceptando esto, se puede aprovechar la academia, volverla otra cosa, hacerla útil para lo común, un espacio de libertad. Y ahí surgen nuevas propuestas metodológicas, como lo que Sylvia Marcos llama “Saber *escuchar*”: implementar y buscar una *hermenéutica de la oralidad*, para lograr encontrar lo que los movimientos y los pueblos indígenas están diciendo detrás de sus palabras: sus “reconceptualizaciones epistémicas”, imprescindibles para fundar un nuevo horizonte de lo común y lo posible (Marcos, 2012). Porque, retomando a Bolívar Echeverría, del “esbozo de civilización que pervive en esas comunidades es que el ‘vivir bien’, el disfrute del mundo como naturaleza transformada, es perfectamente posible sin parecerse para nada con el confort de Beverly Hills” (en Aguirre Rojas, 2002).

Bolívar Echeverría tiene una propuesta fascinante: dice que la lucha por la autonomía de los pueblos indígenas sirve para paliar la destrucción a la que están sometidos, pero tiene que darse otro movimiento, ese no es hacia el interior sino de

contagio, de acercamiento, de mestizaje: “No en la medida en que se les deja existir a su manera (a los pueblos indios), sino en la medida en que se deje que su manera de ser influya la nuestra” (en Aguirre Rojas, 2002).

¿Seremos capaces de dejar que su manera influya, viva, se encarne, prevalezca y se funde en nosotras? Insisto en ello: dejarse contagiar. Dejarse ser por los otros. Hannah Arendt habla de nuestra capacidad de ‘mandar a la imaginación de visita’ a la cabeza de las otras personas (Arendt, 2003). Me encanta esta idea del pensamiento extensivo: la imaginación nos permite salir de nuestro mundo y ser la otra, habitar la contingente existencia otra, para luego regresar a la propia cabeza enriquecida y ventilada, como si abriéramos las ventanas de nuestra mente y el aire fresco de otros puntos de vista alimentara nuestro juicio. Siempre desde esta mágica capacidad de comunicar, sin referente único, sin valor universal ni esquema preconcebido. Sin *a priori*. Acercarse para ello a partir de una hermenéutica de la oralidad, la interacción en su máxima expresión, intentar escuchar no sólo las palabras, sino lo que evocan, lo que no dicen, lo que cargan de dolor y de pasado, pero también el mana del que vienen y la esperanza que invocan. Eso sería empezar a dejarse contagiar.

A la vez, considero imprescindible generar espacios donde impere la confianza, pues es la base para poder hablar, mostrar, disentir, compartir esos “otros saberes” que tenemos todas, pero que nos da miedo nombrar. Esa confianza no la puede generar un acercamiento de “investigadora” sino de compañera, de extranjera, de búsqueda de lo común. Pero lo común no es lo reconciliado o lo homogéneo. Hay que perderle el miedo al disenso, a decir ‘tonterías’ (esa gran espada de Damocles que pende sobre la voz de las mujeres) y a expresar la diferencia. Nunca mitifiquemos el consenso ni el espacio perdido de la comunidad. Todo consenso es producto de negociaciones en torno a una situación y la necesidad de intervenir en ella; nunca es un fin en sí, es una forma de tomar decisiones situadas, muchas veces encomiables y otras, fruto de complejas relaciones de poder... Como dice Gisela Espinosa, nosotras no debemos definirnos en torno al “consenso” sino en torno a la pluralidad, y mientras más heterogéneas seamos, más emocionante será el reto de estar juntas.

Para concluir, creo que es un deber no rechazar lo que no encaja, no aplicar la lógica del tercer excluido propia del pensamiento occidental numérico. Hay que poder decir lo que duele, lo que rompe lo común. Sin ocultarlo, sino expresando la contradicción de lo desagradable, de lo inquietante.

Inquietantes interpelaciones: los recuerdos

Cuento un momento de mi vida en las comunidades de Chiapas, donde aparecieron esos rastros que me indicaban que yo era el norte. Mientras preparo un poco de comida que hemos traído de la ciudad en la cocina comunitaria, una señora me observa. No es una señora bonita, ni siquiera posee esa aura de dignidad que confiere el zapatismo. Es una señora de cuello agachado y mirada huidiza, de cuerpo

maltratado y enfermizo, todo su cuerpo un recelo y un olvido. Dice que nosotros comemos variado, que ellos apenas pozolito. Luego cuenta de un hijo enfermo, que no tiene remedio, que así de alto estaba ya mi varoncito y ahora se enfermó. Estaba gordito, estaba bien, tenía 8 años, ya estaba logrado. Ahora ha enflacado, casi ni sangre le encontró el médico. La señora explica su dolor como un reclamo. Se me agría el humor y con él la comida. No se va, se queda en la banca de madera dentro de la cocina mirándonos comer. Una quesadilla. La toma con una mano, la agradece apenas, pero no la come. Quizás la guarda para su hijito enfermo.

Otra escena. Vamos de nuevo a ver a nuestras amigas. Mari está enferma: tenía tos y fue a ver si su comadre tenía algún remedio. Allí, ni más ni menos que le dieron violeta de genciana. Era la única medicina y, con esa fe ciega en los medicamentos que caracteriza a los acostumbrados a la mucha muerte, le dieron a Mari para su tos un buen trago de ese líquido violeta que por supuesto le hirvió las tripas y le empeoró la comezón en la garganta. Mari se desmayó del dolor. Luego, con toda la lengua teñida, no paró de quejarse de que le ardía el esófago. Es un gran triunfo del abandono y de la desnutrición que esta gente ya no crea en el poder curativo de las hierbas y en cambio le atribuyan propiedades casi mágicas a cualquier producto comprado en una farmacia.

Entro en la estancia dormitorio donde Mari yace, ahora sí, enferma, porque resultó peor el remedio que la enfermedad. En esos pocos metros cuadrados de choza duermen cinco adultos y tres niños, Rosa y su marido.

Lo que más sorprende es ver como ellas, estas mujeres tojolabales, dignifican la vida cotidiana. Se levantan antes del alba, cortan leña, la acarrear, tortean, cocinan, lavan la ropa, barren el suelo de tierra de su cocina, lo mantienen todo ordenado, todas las cosas tienen asignado un rinconcito, colgado del techo, en las paredes, en una bolsita aquí, una cajita allá. Trabajan con tanta diligencia que parece disciplina, dignifican su vida a pesar de la leña que han de cortar y cargar al lomo, a pesar del agua que han de hervir, a pesar del piso de tierra, a pesar del humo, a pesar de la falta de variedad absoluta de alimentos y de instrumental de cocina, a pesar de la poca ropa... A pesar de la poca ropa van más limpias que yo. A pesar del entorno, cada día se mudan, se arreglan y se adornan con collares, con pulseras, con aretes de baratija.

Doña Teresa, la partera del pueblo, es una mujer extremadamente delicada y sensible. Por las tardes, acabada la tarea diaria, agarra el machete y roza la hierba que crece alrededor de la casa, cuida unos arbolitos que delimitan el patio y que ella misma plantó.

Los niños descalzos, panzones, morenitos, se miran alucinados en el *parafang* del coche que hace como de espejo deformante. Ellos hacen muecas, se acercan y se alejan, se divierten horas así, solos, mirándose, gritando y jugando con su imagen.

Estas son las palabras que escribí de esos meses de 1996, cuando nos la pasábamos allá y tantas cosas sentía en las largas esperas, bajo el calor sofocante de

una casita de lámina. En aquellos meses fue cuando decidí mi maternidad. Magali, una niña de 11 años, no paraba de insistir:

—¿Y usted? ¿Cuánto tiempo tienen de casados?

—Casi 3 años.

—¿Y no hay pichito?

—No, pues todavía no...

Magali se acercó a Jesús, le tocó con el dedo, me señaló y le preguntó:

—¿Ya lo cogió?

Su inquisición estaba clara. Si no había pichito tras tanto tiempo de casados era que no habíamos hecho el amor... Esta anécdota forma parte de otras muchas insinuaciones y preguntas. Las mujeres me veían con marido y sin hijos, me compadecían, me miraban con lástima. Me querían.

Yo veía una tarde cómo una mamá bañaba a su bebé bajo el chorro de una llave. No pude contenerme, me acerqué y ayudé a bañar a aquella preciosa criatura de piel morena. Era un niño. Ahí me di cuenta de cuánto deseaba a mi hijo, de la ilusión de tener entre mis manos su cuerpecito. Allí, entre estas mujeres empecé a llamarte, Manuel Buenaventura. Ahí inicia tu historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Rojas, Carlos (2002). *Entrevista con Bolívar Echeverría: “Chiapas o la conquista inconclusa”*. <http://www.bolivare.unam.mx/entrevistas/Chiapas%20y%20la%20conquista%20inconclusa.pdf>
- Arendt Hannah (2003). *Conferencias sobre filosofía política de Kant*. Barcelona: Paidós.
- De Sousa Santos, Boaventura (2009). *Una epistemología del sur*. México: Clacso-Siglo XXI.
- Graeber, David (2011). *Fragmentos de antropología anarquista*, Barcelona: Virus.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2006). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. México: Casa Juan Pablos-CEAM.
- (2010). *Desandar el laberinto*. México: Pez en el árbol.
- (2012). “Política en femenino. Reflexiones acerca de ‘lo femenino’ moderno y del significado de su política”, artículo inédito presentado a la sesión de la Red de Feminismos Descoloniales, mayo.
- Marcos, Sylvia (2012) “Feminismos en camino descolonial”, artículo inédito presentado a la sesión de la Red de Feminismos Descoloniales, mayo.
- Schutz, Alfred (2003). *Estudios sobre teoría social. Escritos II*, Buenos Aires: Amorrortu.